

## Nueve meses para convertirse en padres



Paul Cesbron  
Sylvain Missonnier

# Nueve meses para convertirse en padres

Diálogo entre un obstetra  
y un psicoanalista

Traducción de Rosa Bertran Alcáraz  
Revisada por Juan Larbán Vera

Octaedro 

Colección Con vivencias

41. *Nueve meses para convertirse en padres*

Título original: *Neuf mois pour devenir parents*,  
de Paul Cesbron y Sylvain Missonnier

Traducción al castellano de Rosa Bertran Alcázar,  
revisada por Juan Larbán Vera

Primera edición: noviembre de 2014

© Librairie Arthème Fayard, 2011

© De esta edición:  
Ediciones OCTAEDRO, S.L.  
Bailén, 5, pral. - 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68  
[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com) - [octaedro@octaedro.com](mailto:octaedro@octaedro.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ISBN: 978-84-9921-594-5

Depósito legal: B. 23.369-2014

Fotografía cubierta: Ingimage  
Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila  
Diseño y producción: Ediciones Octaedro

Impresión: Novagràfik

Impreso en España - *Printed in Spain*



## PRÓLOGO

**1 + 1 = 3**

SYLVIE SÉGURET

Un hombre y una mujer dan origen a un ser surgido de sus genes y radicalmente distinto a ellos. La unión de uno más uno no da algo doble, ni previsible, ni separable, sino algo único, no divisible, un tercero radicalmente distinto de la pareja que forman sus padres.

Esta ecuación tiene algo de misterioso para los seres humanos, ya que hacer un hijo es algo muy distinto a perpetuar la especie, aunque también se trate de eso.

Antes de crear este hijo, ha sido necesario desearlo, anhelarlo, imaginarlo. Esta es sin duda una diferencia esencial que nos separa de nuestros primos cercanos, los grandes primates.

Antes del útero, es el psiquismo de cada uno de los padres el que lleva en su seno al futuro hijo.

Y este hijo entrará en el linaje humano portador de un único psiquismo. Pues ningún psiquismo puede instaurarse y sentirse como tal sin ser pensado primero por el otro.

La madre llevará el hijo venidero en su imaginario, en sus sueños, en sus inquietudes, sus creencias y sus recuerdos. Y en lo más profundo de su inconsciente.

Pero el embarazo es también una increíble aventura corporal vivida por la mujer, con unas sensaciones nunca experimentadas, con unos movimientos interiores que no le pertenecen y con unas transformaciones psíquicas inimaginables.

El diálogo de Paul Cesbron y Sylvain Missonnier nos lleva de lo psíquico a lo somático, y las palabras del analista hacen retumbar las del obstetra, la experiencia de uno enriquece la reflexión del otro y así recíprocamente.

El embarazo y el parto representan en efecto un conjunto psique/soma tejido de forma tupida, sin posibilidad de separar los dos registros.

El diálogo entre estos dos profesionales de la perinatalidad, ese periodo que precede y sigue al nacimiento, empezó en 1989.

Participábamos en un grupo de reflexión sobre el diagnóstico prenatal en el hospital Saint-Vincent-de-Paul, en París. A lo largo de diez años, sanitarios de diversas disciplinas se reunieron todos los meses alrededor de Didier David y Michel Soulé.

Estábamos aislados, unos en su consultorio de analista, otros en la unidad de ecografías, otros en la sala de partos; y tuvimos necesidad de reunirnos.

Lejos de las pertenencias institucionales, surgió una nueva palabra, más cerca de nuestras emociones y de nuestras dudas, en el mutuo respeto del lugar de cada uno.

La sempiterna división entre psicólogos y psicoanalistas resultó brutalmente caduca, puesto que estábamos todos embarcados en ese acogimiento del otro, portador ese otro de un deseo de hijo, portador de un feto sano o enfermo.

Abandonamos nuestras posiciones ideológicas para poder hablar al fin de nuestros estados de ánimo, de lo que el otro removía en nosotros, de lo que ocurría con nuestras propias pulsiones de vida y de muerte.

Por turno, hicimos nuestras exposiciones, nos escuchamos, y poco a poco modificamos nuestras prácticas.

Y de ese grupo surgieron otros, para proseguir el trabajo iniciado.

La interdisciplinariedad ya no es un término impronunciable sino una realidad que animamos día tras día en nuestros equipos hospitalarios.

Por lo tanto  $1 + 1 = 3$  puede leerse así: palabra de obstetra + palabra de analista = palabra psicósomática dirigida a unos «futuros padres».

➤ **PRIMERA PARTE**  
**¿Tener un hijo?**





## ¿PARA QUÉ, UN HIJO?

*En las sociedades antiguas, estaba en el orden de las cosas tener hijos, reproducirse para la perpetuación de la especie y, por lo tanto, oficialmente, para el bien de todos. Pero al comienzo de los años 1970, la legalización de los medios de anticoncepción y luego del aborto ofrece una alternativa inédita: ¿tener o no tener un bebé? El hijo obligado cede el paso al hijo deseado, al ritmo de la evolución de la condición femenina.*

**Paul Cesbron:** Dar la vida siempre ha sido una cuestión esencial para los hombres. El ser humano siente la necesidad fundamental de reproducirse, anclado en su naturaleza de mamífero. Además, nuestra capacidad de renovar la vida con cada nacimiento, acogiendo al recién nacido como a un nuevo ser, nos ofrece de alguna manera la oportunidad de renacer.

**Sylvain Missonnier:** Podemos hablar, en efecto, de renacimiento ya que la llegada de un pequeño alimenta nuestras esperanzas de reparación: nuestra inscripción en la vida, en el tiempo, es un eterno deseo de progresar, de hacerlo mejor que en el pasado. ¡Es lo que nos permite esperar que nuestros hijos serán mejores que nosotros si nos acecha la repetición de lo peor! Al mismo tiempo, el nacimiento de un bebé es a la vez una llamada a la finitud humana y una reacción creadora. Contiene una promesa de eternidad: inscribirse en un linaje generacio-

nal permite contemplar una longevidad mucho más allá de la duración de vida de un humano aislado.

*Paul Cesbron:* Incluso si, al ocupar nuestro lugar en la cadena de las generaciones, ¡nuestros descendientes nos acercan un poco más a nuestra muerte!

Esta percepción del nacimiento como una renovación de la vida sigue siendo universal e infinita. En cambio, en el último siglo conocimos una auténtica revolución con la evolución de la condición femenina y el cambio radical de las formas de procreación. La exigencia de igualdad de sexos no siempre fue entendida correctamente. El eslogan de las feministas: «¡Un hijo, cuando quiero, si quiero!» fue interpretado por algunos como si expresara la intención de derrocar el poder: «Las mujeres ya tienen el privilegio de traer a los bebés, ¡y ahora reivindican el derecho de elegir estar embarazadas o no!» En realidad, se trataba de una exigencia humana central en términos de igualdad, como reacción a una larga dominación masculina, sean cuales sean por otra parte las capacidades de resistencia de las mujeres o, a la inversa, su interiorización de dicha relación. Las mujeres dejaron de querer sufrir embarazos impuestos por los hombres. Se «apropiaron» de su cuerpo, optando por el control de su fertilidad, mediante los medios de anticoncepción y el derecho a abortar voluntariamente, dentro de un marco legislativo que afirmaba la igualdad de derechos entre mujeres y hombres.

La revolución feminista tuvo además numerosas e importantes consecuencias en las relaciones individuales y sociales: cambió la masculinidad, los hombres tuvieron que repensar su papel, y apareció un nuevo concepto que redefinió la respectiva función de los padres en la «parentalidad».

Debemos recordar que nuestro oficio de profesionales del parto estaba organizado alrededor del nacimiento y la acogida del recién nacido. Estábamos allí para garantizar una buena transmisión de la vida y nada más. Mujeres y hombres eran los procreadores de esa vida antes de adquirir su responsabilidad social en unas condiciones etiquetadas de manera bastante

estricta. El concepto nos llegó del exterior, introducido principalmente por los psicoanalistas y los antropólogos. ¿Cuáles fueron las circunstancias que provocaron esta reflexión sobre la parentalidad? Avanzaré dos hipótesis: por un lado, además de los avances feministas, la progresiva aparición del padre en el transcurso del seguimiento del embarazo y en el momento del parto. Su presencia fue reclamada como necesaria, y las mujeres la percibieron como un acompañamiento esencial. Los «profesionales de la psique» nos aclararon entonces los roles distintos y sexuados del padre y de la madre.

Por otro lado, los conocimientos biológicos progresaron mucho durante ese periodo, dando acceso tanto al diagnóstico prenatal (DAN) como a la asistencia médica para la procreación (AMP). Tenemos que responder de forma cada vez más concreta a las preguntas de los padres sobre la salud de su futuro hijo y, por otra parte, estos se convierten en actores implicados en las decisiones que afecten a su futuro si está gravemente enfermo. Madre y padre tienen cada uno su lugar en este asunto.

En cuanto a la posibilidad de concebir un hijo no solo sin un acto sexual sino también gracias a una donación de espermatozoides o de ovocitos, esta levanta nuevas incertidumbres y plantea el problema de la parte que afecta al futuro padre y a la futura madre en la puesta en marcha del embarazo y de su seguimiento. Una etapa importante, que ha introducido una reflexión inédita sobre el proceso de parentalidad.

*Sylvain Missonnier*: Debemos prestar atención a la forma de utilizar el término *parentalidad*. Si su uso niega la diferencia entre sexos al situar a los padres en una posición en la que, en una encubierta igualdad, son intercambiables, se trata de una impostura. Contrariamente a los tejanos, ¡la parentalidad no es unisex! Si queremos darle todo su sentido, convertirse en madre y convertirse en padre deben estar claramente dissociados, pues se trata precisamente de considerar con este término lo que resulta de las convergencias y de las divergencias entre los caminos del hombre y de la mujer.

Además, el proceso que nos lleva a convertirnos en padre o madre debe distinguirse también del embarazo, del parto y de la llegada del bebé, etapas tardías y aleatorias de la parentalidad. De hecho, esta se construye mucho antes de la concepción de un hijo y atraviesa la vida de cada uno de nosotros. Es por este motivo que me inclino tanto a utilizar estas fórmulas, que pueden parecer algo enigmáticas e inútilmente complicadas, de «convertirse en padre o madre» y de «llegar a ser padre o madre». Estas diferencias a mí me parecen cruciales, pues constituyen una fuerte crítica al carácter estático e ilusorio del término «padre o madre». La parentalidad no es un estado fijo de un segmento biográfico, sino una trayectoria cambiante y transversal.

Así, por ejemplo, la muñeca que un papá trae de un viaje para su hijita se inscribe en ese proceso de parentalidad: jugando con su «bebé muñeco», la niña se construye unas representaciones inaugurales de su «convertirse en madre». ¿Y ese adolescente agresivo y rebelde que, de repente, se enternece con el gatito que ha recogido? ¿La ternura que manifiesta por ese animal tiene relación con la parentalidad? Sí, también, pues de esta manera mantiene intacto el afecto del que priva momentáneamente a sus padres debido a su crisis de pubertad, que, en el mejor de los casos, es una prometedora y beneficiosa puesta a prueba de sus vínculos. Esta secuencia adolescente, aunque se organice en torno a un animal de compañía, constituye una etapa del proceso de parentalidad que eventualmente tendrá lugar más adelante, de forma biológica o no.

Y cuando converso con la señora T., profesora jubilada de latín, una anciana señora soltera y sin hijos, ella tiene cosas que enseñarme acerca de lo que ha sido su propia parentalidad. No solo porque ha sido docente y que de este modo ha «traído al mundo» a un determinado número de latinistas, sino también porque se ha sentido responsable de los más jóvenes y se ha abierto camino con ellos. Yo defiendiendo la idea de que la parentalidad no se limita a la concepción biológica. Esto es evidente con los padres adoptantes, comprometidos con el proceso de construcción de un nido a lo largo de una auténtica carrera

de combatiente para obtener el consentimiento. En este caso un psicólogo podrá hablar con toda la razón de «embarazo psíquico».

Por otra parte, no se comprende nada del convertirse en madre y del convertirse en padre de cada individuo si no se tiene en cuenta su historia, lo que ha recibido de sus padres, lo que estos últimos recibieron de los suyos, etc. En nuestras reuniones con parejas en la maternidad, necesitamos referirnos a ese árbol de vida extendido como mínimo a tres generaciones para comprender mejor sus eventuales dificultades actuales. En ese crisol generacional, el convertirse en abuelo (y cada vez más en bisabuelo) es también un momento importante de reminiscencias y de redistribución de mapas que merecería un libro por sí mismo.

Finalmente, la parentalidad es el colmo de lo psicossomático. Un estudio ya antiguo, efectuado en Lyon el año 1997 por Nicole Mamelle, especialista en epidemiología perinatal,<sup>1</sup> da de ella una demostración ejemplar: unas mujeres encintas amenazadas de parto prematuro fueron distribuidas en dos grupos. El primer grupo tuvo el seguimiento médico habitual, mientras que el segundo recibió además la visita regular de psicólogos para hablar libremente. En este grupo experimental, se vio seguidamente que la tasa de partos prematuros había disminuido a la mitad en aquellas futuras madres que habían podido compartir sus angustias. Este es un argumento tan sencillo como sólido a favor de una complejidad constante entre los factores biológicos y los factores psíquicos del convertirse en madre.

He aquí por qué no se pueden seguir oponiendo dos concepciones simplistas de la parentalidad que afirman que esta se inscribe o en la cultura (es decir, que es únicamente el resultado de una opción intelectual) o en la naturaleza, en el sentido de que estaría totalmente gobernada por la neurobiología, de alguna manera «instintiva», tal como se había considerado durante mucho tiempo en la historia. En los años 1980 hubo encendidos debates en torno al libro de Élisabeth Badinter, *L'amour en plus: histoire de l'amour maternel*, en el que denunciaba esa idea preconcebida según la cual todos estaríamos genéticamente preparados para convertirnos en padres.

En la actualidad, creo que estas peleas deberían ser obsoletas. Después de esos extremistas movimientos de péndulo, espero que estemos finalmente dispuestos a considerar el proceso de la parentalidad como un estrecho y complejo enmarañamiento de lo biológico y lo psíquico. Y este es también todo el interés de nuestro diálogo, ¡que aspira precisamente a superar la polvorienta división entre el cuerpo y el espíritu!

*Paul Cesbron:* No obstante, seríamos simplistas si no evocáramos otra opción posible e igual de respetable, la de esos hombres y esas mujeres que no desean tener hijos. En su novela, *Memorias de Adriano*, Marguerite Yourcenar afirma por medio del personaje del emperador que no le parece deseable transmitir la vida. Semejante corriente de pensamiento existe desde hace tiempo y se sustenta en la idea de que la existencia tiende a degradarse de una generación a otra: «¡El mundo que ofrecemos a los niños es demasiado feo! ¡Y hay ya tantos bebés en la tierra!» Pero también, y quizás de una manera más sencilla, algunos de nosotros tenemos una dolorosa conciencia de la gravedad de las responsabilidades que pesan sobre los adultos en relación a su progenitura. Son construcciones intelectuales, pero, después de todo, me parece bien que entre nosotros haya individuos que se nieguen a la obligación biológica de la reproducción y se inscriban en una forma distinta de participación. Es una elección, una verdadera libertad. Nosotros no nos reproducimos como los animales, ¡hace falta una parte de deseo y de voluntad para hacer un hijo! Al fin y al cabo, quienes están por la negativa visibilizan la elección de quienes están por la aceptación.

*Sylvain Missonnier:* Tener hijos es un medio entre otros que tienen los hombres para ser creativos. ¿De qué otros disponemos? En psicoanálisis existe un concepto útil para reflexionar sobre ello, el de la sublimación. Para definirla de un modo sencillo, la sublimación consiste en desviar la pulsión sexual hacia unas actividades reflexivas artísticas, intelectuales... aparentemente sin relación directa con la sexualidad. Escribir un libro, pintar,

por ejemplo, o incluso lanzarse a la política. Volviendo a Marguerite Yourcenar y a su héroe, Adriano, sin duda existe en él la voluntad de no alejarse demasiado de un sublime yo narcisista al no arriesgarse a tener un hijo que podría ser una fuente de decepciones y de conflictos. Pero no nos equivoquemos: en lo profundo de la cultura tan grande de Adriano se encuentra arraigada la pulsión sexual. Marguerite Yourcenar transformó la paternidad de su personaje en compromiso político, haciendo de él una especie de padre respecto a la humanidad. ¡No comprometerse con una sexualidad procreativa es, afortunadamente, una opción que no significa de ninguna manera ausencia de creatividad sexual a través de las mil y una máscaras de la libido!



# ÍNDICE

Prólogo.  $1 + 1 = 3$  5

PRIMERA PARTE. ¿Tener un hijo? 7  
    ¿Para qué, un hijo? 9  
    Tener un hijo, ¿deseo compartido o solitario? 16  
    Los avatares del deseo 20  
    El embarazo interrumpido 25

SEGUNDA PARTE. Una espera muy larga 33  
    Parejas infértiles 35  
    Cuando el hijo se hace esperar 40  
    Acerca de la adopción 47

TERCERA PARTE. ¿Un embarazo perfecto? 53  
    Construir el nido 55  
    El seguimiento del embarazo 64  
    Los controles durante la gestación 68  
    La preparación al parto y a la parentalidad 79

CUARTA PARTE. ¿Un parto óptimo? 87  
    ¿Dónde parir? 89  
    ¿Cuándo parir? 96  
    Los actores del nacimiento 100  
    La cuestión del dolor 107  
    La acogida del recién nacido 113

QUINTA PARTE. Cuando el niño aparece 119  
    Primeras miradas 121  
    El bebé es una persona 126  
    El «baby blues» 130  
    Cuando el niño nace imperfecto 136  
    La estancia en la maternidad 141  
    La vuelta a casa 146  
    La depresión postnatal 150

SEXTA PARTE. ¿Un «psi» en la maternidad? 159  
    Cuerpo y mente: un difícil reencuentro 161  
    El «psi» en la maternidad: ¿para quién? 167